

Hace 25 años se consolidaba una revolución musical, la que llevaba la música electrónica hasta el tecno y lo que se ha conocido como 'cultura de club'. Un fenómeno ligado a otros movimientos –sociales e incluso políticos–, con epicentro en tres capitales europeas. Libros y documentales revisitan ahora esta historia

Berlín, París, Barcelona, el eje electrónico

La gran familia del tecno

BERLÍN

LC. Cuando el 9 de noviembre de 1989 caía el Muro de la vergüenza, que había separado tras veintiocho largos años el este del oeste de Berlín, cedía el forzado aislamiento sociocultural al que habían estado sometidos los ciudadanos de uno y otro lado, con la juventud del este privada de toda suerte de estímulos postmodernos. Multitud de edificios oficiales, fábricas y almacenes, quedaban ahora abandonados y listos para ser ocupados por las primeras fiestas tecno del Berlín reunificado, en su mayoría ilegales, con las fuerzas de seguridad haciendo la vista gorda, asistiendo atónitas al espectáculo. Un momento histórico e iniciático que ha quedado por primera vez documentado en el libro *Der Klang Der Familie. Berlin techno und die wende* (Suhrkamp Verlag, Berlín, 2012) de Felix Denk y Sven Von Thulen, fascinante historia oral que se publica ahora en castellano por la editorial barcelonesa Alpha Decay.

En esta historia, un nutrido reparto de quienes fueron protagonistas de la escena tecno berlinesa, y por ende la alemana, desde sus inicios hasta su consolidación, sirven de testimonio en primera persona de sus hechos clave. Según Annie Lloyd, *raver* que sirvió en la barra del Kirk y que trabajó en otros tantos clubs esenciales como el Planet o E-Werk, "incluso la reu-

nificación de este y oeste tuvo lugar en el underground, en los clubs. En ninguna otra parte", declaración que refleja y resume en una sola frase el sentir general de la generación berlinesa que vivió intensamente esos días, o más bien esas noches. Un ambiente de euforia y excitación afloraba entre los *techno kids* que se agolpaban en las puertas de los clubs, las fiestas clandestinas y *raves* multitudinarias, como el Mayday o el posteriormente fatídico Love Parade, que tras su primera edición en 1990 con poco más de cien participantes, pasó en su segunda edición de 1991 a contar con cinco mil, siguiendo la caravana de carrozas-discotecas. Un panorama impensable apenas dos años atrás, en un Berlín donde el punk más recalcitrante, anclado en las barras de locales como el Risiko o el Ex'n'Pop, se resistía a abandonar su lugar en el vanguardismo donde había estado antaño cómodamente instalado.

El imprescindible documental *B-Movie: Lust & Sound in West-Berlin 1979-1989*, estrenado en la presente edición del festival In-Edit Beefater, recrea el escurridizo período a través de los ojos de su



LUIS COSTA

Hoy que la música electrónica ha sido totalmente asumida por el mundo del pop y del *mainstream* como parte indisociable de su sonido y que la EDM (Electronic Dance Music) congrega ingentes hordas de *ravers* a lo largo y ancho del planeta, conviene más que nunca recordar que esto de la subcultura tecno fue, en su día, cosa de unos pocos locos entusiastas diseminados en minúsculas escenas, a contar con los dedos de una mano.

Cuando a mediados de los años ochenta Dj Pierre y Spanky, dos chavales de suburbio de Chicago,

andaban trasteando con el Roland TB-303 –un secuenciador de bajos que le salió defectuoso a la empresa japonesa–, dieron con un sonido retorcido e hipnótico que terminaría por conocerse como acid house, siendo identificado su tema *Acid tracks* como el primero creado con este sonido cuando se editó en 1987. No sólo había surgido un nuevo estilo musical para entregarse al baile dionisiaco en los clubs, sino que habrían de cambiar las reglas del juego para siempre.

Ese mismo verano el dj inglés Paul Oakenfold, hoy en día uno de los más consagrados y acaudalados

del mundo, descubría en Ibiza la arrebatadora mezcla de house, rock y éxtasis (MDMA), uno de los estímulos químicos más apreciados por los *ravers* desde entonces. Oakenfold lo vio claro, había que trasladar a toda costa el percal de la isla blanca a Inglaterra, organizando fiestas de acid house, en lo que sería el germen de la escena *rave*, surgida alrededor de saraos ilegales en hangares o en plena campiña inglesa. Mientras tanto, en Valencia, la mescalina (MDA) circulaba ya desde principios de la década por una ruta estable de discotecas, algunas de ellas los primeros after

hours del país, una imagen sin precedentes en toda Europa.

De algún modo, el acid house fue el principio de todo. Apenas duró un par de años, antes de convertirse en una caricatura de lo que fue, hundido en el lodazal comercial, pero su impacto sería definitivo para la posterior cultura de clubs mundial, con Europa como principal motor de arranque. Tras la caída del Muro, Berlín daría a conocer el tecno al mundo, París lo conquistaría con su particular *french touch* y Barcelona sería el hogar de su festival más emblemático, el Sónar. |



Entrada del club Tresor en Berlín, uno de los locales emblemáticos para los aficionados a la música electrónica en la capital alemana. Abrió sus puertas en 1991 y tuvo que cambiar de ubicación en la misma ciudad en el 2005

JOHN WILKINSON/GETTY

director, Mark Reeder, músico y productor inglés que vivió la década en primera persona y cuyo testimonio se recoge también en *Der Klang Der Familie*. Valiéndose de recreaciones y actores, así como de algunas imágenes reales, Reeder nos presenta el Berlín de Christine F, Blixa Bargfeld de Einstürzende Neubauten o Nick Cave, entre muchos otros, su particular y extremo punk y pospunk, con la caída del Muro y el origen de la Love Parade como extensión tecno de todo este viaje en la parte final del metraje. A partir de ese momento, el punk habría de encontrarse en esta nueva subcultura del tecno, por lo menos en lo que a su ideario del *do it yourself* se refiere, omnipresente en esos primeros días de la escena *rave* berlinesa donde no había manera de diferenciar el trabajo de la diversión. Un modo de vida.

Este neopunk andaba, por el contrario, desprovisto de toda actitud de rechazo, con la tolerancia y el sentimiento de comunidad por bandera. Algo tuvo que ver sin duda la incorporación del éxtasis, o *droga del amor*, como principal sustento químico de la fiesta berlinesa en ese momento, aunque la sobreexcitación ante la novedad de todo lo que estaba sucediendo a tiempo real y a toda velocidad fuera ya de por sí enorme. Tal sería el impacto, una vez más, del sonido acid house. “Estaba claro que se trataba de algo nuevo”, recuerda en *Der Klang...* Dr Motte, dj y activista del tecno berlines, impulsor del Love Parade. “Había desplazado todo lo que se conocía anteriormente. Un sonido nuevo. Un nuevo estilo. Totalmente electrónico. Sin ninguna estructura de canción. Todo era novedad”. “En el Turbine montamos

la primera fiesta acid house de Alemania”, sostiene Motte, contradiciendo a Westbam, otro ilustre artista que se guarda para sí tamaño logro, una de las intrigas varias que se pueden seguir en esta apasionante lectura. Como la que enfrenta a los responsables de las dos principales *raves* masivas, Tekknozid, a cargo de Wolle XDP, personaje fundamental del Berlín este, y Mayday, con la presencia de nuevo de Westbam y el equipo de Low Spirit, su sello discográfico, que terminaría por desbancar a la primera con un marcado modelo

el tecno y el Muro



En ‘Der Klang der Familie (El sonido de la familia), que acaba de editar en castellano Alpha Decay, los periodistas Felix Denk y Sven von Thülen cuentan la historia de uno de los momentos cruciales en la historia de la electrónica: el desarrollo de esta música en un Berlín en plena ebullición, política pero también cultural, con la caída del Muro y la posterior reunificación alemana.

empresarial. Especialmente reveladores son los recuerdos de los responsables del Tresor en sus primeros años de apertura, el club de tecno instalado inicialmente en una antigua cámara acorazada subterránea, abierto poco después de caer el Muro y en activo todavía tras veinticinco años. Historias que se podrán conocer también a través del futuro Berlin Museum of Sound, que expondrá la historia musical de los últimos sesenta años de la ciudad. Pero esa es otra historia. |